

PRESENTACIÓN IMPRESCINDIBLE

Son conocidas las andanzas de muchos de los miembros de la Falange clandestina y del Carlismo en Barcelona durante la Guerra Civil, y sus vinculaciones con agentes de Hitler y con agentes fascistas italianos, aunque estos últimos jugaban a todas las cartas: Mussolini mantenía contactos con los partidos independentistas y ofreció apoyo logístico, militar, financiero y de propaganda para la creación de un estado catalán. Todo ello en clara connivencia con los británicos en general y con Churchill en particular.

También son conocidos los apoyos paralelos de Mussolini y de la Gran Bretaña a Franco: el primero, con material de guerra al principio, y aviación y tropas después. Por su parte, el gobierno inglés protegió al Sr. Bolín en sus negociaciones para la operación del “Dragon Rapide” y el traslado de Franco a la península. La Royal Navy diseñó un bloqueo híbrido de los puertos españoles para entorpecer el tráfico de armas soviético y nazi con destino a los bandos en lucha. Algunos historiadores afirman con razón que la “no intervención” de las potencias democráticas -como se confirmó una vez terminado el conflicto- fue una intervención a favor de los nacionales. El pago de Franco fue no aliarse abiertamente con Hitler, ni entrar en la guerra mundial. A su vez, recibió el apoyo de los Estados Unidos, refrendado oficialmente en 1953 con la visita del Presidente Eisenhower y del general Vernon Walters a Madrid.

Naturalmente, en el bando republicano se hizo sentir todo el rigor de la influencia soviética. Stalin no podía perder la oportunidad de disponer de un país satélite que le diese el control del Mediterráneo Occidental: Gibraltar y las Baleares hubiesen constituido lo que hoy es la base rusa de Tartús en Siria. Por otra parte, la URSS amenazaría desde el sur a su mortal enemigo: la Alemania Nazi. Este complejo factor geopolítico pudo, según otros historiadores, tener mayor peso que el meramente ideológico en el apoyo decidido, cruel y tenaz de Moscú a Madrid. Algunos de los mejores agentes de la NKVD -la temible policía secreta soviética- fueron enviados a España. Entre ellos, destacaba Alexander Orlov, un agente experimentado ya en la Revolución de 1917 e implacable perseguidor del trotskismo y el anarquismo. Se le atribuyen las muertes de Andrés Nin, líder del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista); de Buenaventura Durruti, prestigioso líder anarquista; la autoría estratégica de la

“guerra civil dentro de la guerra civil” durante mayo de 1937, en Barcelona, cuando los comunistas derrotan a la CNT-FAI; y la eliminación casi genocida de las comunas anarquistas agrarias de Aragón, por parte de Líster. Orlov fue llamado a Moscú en 1938; intuyó o supo que iba a ser “purgado” y huyó a los Estados Unidos, donde se cree que trabajó para la OSS, la agencia antecesora de la CIA. No es casualidad que la OSS apoyase a los exiliados vascos en Francia y crease grupos de guerrilleros para hostigar a los nazis. Miembros del PNV dirigen estos manejos, precedentes claros de la creación de ETA con el patrocinio logístico de la CIA.

Si Orlov tuvo un enemigo en Barcelona, ese fue el brigada Francisco Segarra Martorell, miembro del Servicio de Información de la Guardia Civil desde los años anteriores al terror callejero de los sindicatos patronales y anarquistas. Martorell, como se le conocía, proporcionó apoyo de inteligencia a los sublevados antes, durante y después del 18 de julio de 1936.

Sin embargo, hubo varios agentes dobles muy valiosos en los Cuerpos y Brigadas de Investigación de la República. Podríamos destacar a Santiago Martín Bádenas y Mauricio Carlavilla; el primero, implicado en el golpe de Sanjurjo y algún intento de asesinato de Manuel Azaña y Largo Caballero; el segundo, operó en la vigilancia de judíos y masones, y preparó atentados contra ministros de la República. Bádenas fue asesinado en julio de 1936. Carlavilla se fugó a Portugal y regresó a la zona nacional para limpiarla de comunistas infiltrados, misión con la que siguió hasta su jubilación. Se trata de uno de los pocos antisemitas de la policía y los servicios secretos que el Mossad no logró neutralizar. Fundó la Editorial Nos y publicó una serie de documentados análisis sobre el poder comunista y judío en el mundo desde el fin de la II Guerra Mundial. Dos detalles significativos: consiguió los diarios del almirante Forrestal, “suicidado” en el Hospital de Bethesda, donde éste acusa al presidente F.D. Roosevelt de haber preparado la trampa de Pearl Harbour para poder entrar en la guerra. Y acusa a Donovan, el jefe de la OSS, de haber preparado el “accidente” mortal que liquidó al famoso general Patton, quien había denunciado la connivencia de Truman con Stalin para el reparto de Europa. McArthur, curiosamente, fue devuelto a casa tras la fulgurante ofensiva de Inchon, en Corea, detenida sin razón aparente

en la frontera china. McArthur, ferviente anticomunista, intentó presentarse a las elecciones pero no lo logró.

Carlavilla, pues, pudo ser un objetivo de la NKVD pero, misteriosamente, no lo fue. ¿Qué hizo del brigada Martorell el hombre a eliminar a toda costa?

Había muchas razones: sabotajes, intoxicación informativa, desaparición de agentes de la República, vigilancia especial del comunista PSUC y sus miembros, etc. Pero solo una fue la que desencadenó, por fin, la implacable persecución del brigada: la precisión de los bombardeos de la aviación nacional al atacar Barcelona y sus alrededores: fábricas de material de guerra, oficinas de servicios de Estado Mayor, pisos de líderes comunistas, chalés de servicios de inteligencia soviéticos, destrucción de barcos mercantes con depósitos de armas... Se ha acusado a Franco de bombardear a la población civil; nada más lejos de la realidad. Cuando se destruían edificios en calles del centro de la ciudad, era por la única razón de liquidar un nido de espías o de políticos o de militares republicanos. Los civiles, ayer como hoy, eran escudos humanos. Es fácil comprender que la precisión de los bombarderos de la época no era, ni de lejos, la que actualmente se consigue con drones o artillería y misiles “quirúrgicos”. Para los soviéticos, tanto acierto en la eliminación de objetivos estratégicos en Barcelona solo podía deberse a una continua labor de inteligencia. Los sospechosos habituales habían sido asesinados, o estaban en alguna cheka, o cuidadosamente vigilados. El agente, o los agentes secretos que pasaban información tan exacta no estaban fichados, ni controlados por el radar de la NKVD. Una sombra dirigía los mortíferos bombardeos. Pero ¿quién?

Permitan al autor que deje esta pregunta sin respuesta, de momento. Conviene remontarse a la historia del brigada Martorell antes de 1936.

Nació en Alcalá de Chivert, Castellón, en 1889, en una familia de vieja raigambre carlista. Su padre, Eduardo Segarra Moreno, terrateniente y cazador, se echó al monte con Pascual Cucala en la Tercera Carlistada, a principios de la década de 1870. Su primo, Tomás Segarra Vergés, guardia civil, también lo hizo: dejó la Benemérita y, como coronel, se unió a las partidas del Maestrazgo. Gracias a su experiencia ocupó sin dificultad el bajo Maestrazgo y

llegó al mar: Benicarló, Vinaroz, Torreblanca, Peñíscola, etc. Amenazó, unido a las fuerzas de Cucala, la capital, Castellón; incluso intentaron ocupar Valencia. Tres años más tarde, los carlistas habían perdido la guerra. Tomás Segarra, exiliado en Londres, volvió a España y fue reintegrado en el ejército; se le concedió el título pontificio de Marqués de Segarra, y un buen dinero por parte de la Corona. Cucala no regresó y murió en Francia. Mi bisabuelo malvendió todas sus propiedades y lo perdió todo entre alcohol, juego y mujeres. El futuro brigada Segarra Martorell lo acostaba cada noche delirando. Al final, el heroico oficial carlista murió loco y olvidado. Y mi abuelo quedó huérfano, porque su madre murió en el parto. Quedó a cargo de unas tías, de apellido Cruselles, que lo explotaban con las faenas del campo en régimen de cuasi esclavitud. Un joven rico del pueblo llamado a filas y destinado en Marruecos, le pagó para que le sustituyera. Y así, con 17 años, encontramos al joven Martorell haciendo frente a las cábilas rifeñas. Sobrevivió a la fatídica batalla de Beni Bu Ifrur, en el entorno de la guerra de 1909 -la del Barranco del Lobo, otro desastre-. Y fue repatriado con heridas menos graves hacia Alicante. Recuperado, pidió el ingreso en la Guardia Civil, que le fue concedido por su brillante historial en las campañas de Marruecos, recibiendo el mismo trato y graduación: cabo.

Casi de inmediato fue trasladado a Barcelona en la operación represiva de los hechos de la Semana Trágica. Investigó a los grupos anarquistas y algunos de la burguesía catalana, quienes habían promovido y financiado la escalada terrorista en la ciudad. Estos hechos marcaron su vida.

Con la perspicacia natural de un hombre de campo y la astucia que aprendió de los moros, no tardó en darse cuenta de que anarquistas y burgueses podrían serle más útiles vivos que muertos, en la calle que en la cárcel. De modo que metió en prisión a los brutos, a los degenerados y a los tontos, y trabó amistad con los elementos más inteligentes: Durruti y Ascaso, entre otros, por el lado anarquista; y la familia Raventós o Güell, por el bando burgués. Citamos solo apellidos muy conocidos, como breve referencia, porque a lo largo del libro descubrirán unos cuantos más -y se sorprenderán-. En esta época, se vio involucrado en el caso de Enriqueta Martí, la mal llamada “Vampira de Barcelona”, que murió en 1912 y dejó una larga lista de damnificados entre la burguesía de la ciudad.

Su actuación no pasó desapercibida a los mandos y, ascendido a sargento, fue destinado a la Brigada de Investigación. Ejerció de proxeneta y trilerero en el Barrio Chino -hoy, el Raval-, de descargador en los muelles del puerto y de *gigoló* en el Paralelo de los artistas y de Lerroux. Detenido por la policía en numerosas ocasiones, sufrió alguna que otra tortura, pero bajo ningún concepto podía revelar que pertenecía a la Guardia Civil. Cambiaba de aspecto para ejercer cada uno de sus “oficios”, una virtud que le salvó la vida durante la Guerra Civil y llevó de cabeza a los espías soviéticos de la NKVD. Siguió cultivando sus amistades anarquistas y burguesas y, cuando llegó el período nefasto del enfrentamiento criminal entre sindicatos obreros y patronales, esta buena relación con los bandos enfrentados a muerte, le permitió actuar de un modo tan prudente como eficaz. Y así, dio empleo en las fábricas a líderes anarquistas, con el pacto tácito de que estos montarían sus huelgas y él los detendría, naturalmente. El pacto verbal solía ser de esta índole:

-Mira, Fulano, vas a entrar en La Maquinista porque conozco al patrón. Si montas una huelga revolucionaria, te freiré.

Naturalmente, cuando al cabo de unos meses empezaban los primeros conatos de conflicto, el brigada intervenía para calmar los ánimos. Y naturalmente, la situación derivaba en algaradas y agresiones al cabo de otros tantos meses. Martorell, sin pegar un tiro, detenía al Fulano, calmaba al patrón y, al poco, el Fulano entraba en La Seda donde se repetía la cosa. Muchos otros anarquistas, “de base” como dirían actualmente, eran empleados en otras fábricas, y no siempre surgían escándalos obreros, claro. Todos los favorecidos con un empleo, unos centenares al llegar la Dictadura de Primo de Rivera y la República, devolvieron con creces la ayuda prestada por Martorell. Este siguió favoreciéndoles espionando a los comunistas y al agente de Stalin en el catalanismo separatista, Joan Comorera. El brigada manejaba información que adscribía a Comorera al servicio secreto soviético, como infiltrado en Esquerra Republicana y otros partidos ya desaparecidos. Desveló su identidad cuando, por fin, se integra en el Partido Comunista a través de su filial catalana, el PSUC. Comorera, como todos los comunistas, era un enemigo acérrimo de los anarquistas de la CNT-FAI, a los que finalmente derrotó al ganar la

pequeña guerra civil barcelonesa de Mayo de 1937, diseñada por Orlov y su gente. Martorell preparó un atentado contra él que falló por poco. Este servicio incrementó todavía más su influencia en los círculos anarquistas. Sus redes de información incluían a todos los delincuentes de los barrios de Sants, La Torrassa, Collblanch y Montjuich. El método de Martorell era el mismo: permitía robar a los carteristas y atracadores a cambio de que respetasen la vida de las víctimas y se quedasen con lo robado, excepto la documentación. Más de un agente republicano cayó en sus manos por este sistema. Las prostitutas más veteranas del Barrio Chino también le informaban, así como los descargadores del puerto. Los prostíbulos que frecuentaban Companys, Comorera y otros muchos diputados y políticos catalanes eran una fuente de información muy relevante, imprescindible para el chantaje y la extorsión de la red de Martorell. Como buen monárquico, no aceptó la deriva revolucionaria del gobierno de la II República Española y se preparó para socavarlo. No se fiaba de sus mandos en la Guardia Civil de Barcelona -Escobar, Aranguren y otros- y decidió hablar con Madrid. Círculos carlistas le derivaron al General Mola, poco después jefe de los servicios de información y cerebro, años más tarde, del Alzamiento del 18 de julio. Es muy importante destacar que sus papeles como espía de los nacionales permanecieron siempre en manos de la gente de Mola, quien murió en accidente de aviación en junio de 1937. Esos papeles aparecieron providencialmente en un momento terrible del año 1939, acabada la contienda. Pero no nos adelantemos.

En las semanas previas al 18 de julio de 1936, el brigada Martorell, enterado de que los planes iniciales de los sublevados obraban en manos del coronel Escobar, intentó por todos los medios debilitar la resistencia republicana y variar las tácticas de los responsables militares del golpe. Así, no hubo prácticamente anarquistas de su zona -Sants, Torrassa, etc- en los combates callejeros del centro de la ciudad. Les permitió saquear las villas y torres de la zona alta burguesa, con alguna señalada excepción. Intentó que los oficiales al mando de la tropa del Cuartel del Bruch no se trasladaran a los barrios centrales, Plaza de Cataluña y alrededores, por la ratonera de la Diagonal y la Vía Layetana: propuso un recorrido alternativo por lo que hoy es la Zona Franca, para coger por detrás a las fuerzas republicanas, Guardias de Asalto, Guardia Civil y milicianos. El camino cruzaba el extremo de su zona de influencia y estaba despejado. No le creyeron.

Semanas más tarde, el propio Ascaso le reconoció que esa jugada le hubiese costado Barcelona a la República. Decidió tomar la emisora del Tibidabo con un grupo de carlistas que nunca llegaron. Cuando logró llegar a ella con un par de guardias a los que pensaba liquidar, comprobó que milicianos del Guinardó se le habían adelantado.

-Todo en orden en la emisora, brigada -informaron.

El rastro de Martorell se pierde durante unos días, al igual que se perdió al final de la batalla de Codo, cerca de Belchite, en verano de 1937. Lo podrán leer en los primeros capítulos del libro. Al parecer, pudo entrar en contacto con jefes de la Falange clandestina al mando del poeta y escritor Luys Santamarina, quien informó a Burgos acerca de un miembro de la Guardia Civil barcelonesa que trabajaría para ellos. Celoso por su seguridad, ni Santamarina ni sus mandos en Burgos conocieron nunca la verdadera identidad del brigada Martorell.

Casado y con un hijo, Francisco, de diez años, jamás levantó sospecha alguna en el barrio ni en la Guardia Nacional Republicana, como se rebautizó a la Guardia Civil en zona roja. Quienes podían delatarle eran los amos de la ciudad, los anarquistas de la CNT-FAI y estos necesitaban a Martorell. A principios de 1937 su labor para los de Burgos empezó a dar fruto:

“Muchos de los ataques aéreos fueron minuciosamente planificados por la aviación franquista, seleccionando los objetivos en función de su importancia estratégica. En la zona republicana se constituyeron grupos de espionaje que trabajaban para la causa franquista, también conocidos como la Quinta Columna. Centenares de estos agentes colaboraron con los servicios secretos de información franquista: el SIM (Servicio de Información Militar) y el SIFNE (Servicio de Información de la Frontera Nordeste de España), que en 1938 se unificaron en el SIPM (Servicio de Información y Policía Militar), aportando datos para realizar operaciones. Por su parte, las aviaciones italiana y alemana contaban con sus propios servicios de información y de inteligencia militar. Los objetivos preferentes de las informaciones aportadas eran, entre otros, industrias de guerra, fábricas, estaciones de ferrocarril, carreteras, puentes, cuarteles militares, aeródromos, centrales hidroeléctricas. En ocasiones, los mismos ingenieros que habían trabajado en las fábricas o industrias se encargaban de facilitar las informaciones precisas para llevar a cabo las

acciones de bombardeo. Es el caso, por ejemplo, de las centrales hidroeléctricas del Pirineo, la fábrica Cros de Badalona o la electroquímica de Flix. La falta de precisión en alguno de estos objetivos provocaba que los bombardeos afectaran a la población civil y, por tanto, causarían numerosas víctimas mortales y heridos, además de cuantiosos daños materiales. Posteriormente, los mismos agentes de la Quinta Columna informaban de las consecuencias de las acciones y de la afectación de víctimas inocentes”.

En este extracto de

https://memoria.gencat.cat/web/.content/00_exposicions/exposicions_enlina/catalunya_bombardejada/expo_cat_bomb_cast_web.pdf podemos verificar lo narrado hasta ahora. Se trata de un organismo de la actual Generalidad de Cataluña, ajeno a toda sospecha de franquismo.

Durante el mes de agosto de 1937 entra en escena el siniestro SIM (Servicio de Información Militar) dirigido en la sombra por el propio Orlov. Tuvo varios directores afines a Indalecio Prieto y al propio Alexander Orlov; sin embargo, menos de un año después pasa a dirigirlo el coronel Uribarri, quien cede a las presiones estalinistas. Como ya hemos dicho, Orlov huye a los Estados Unidos y los más crueles agentes soviéticos bajan al terreno de las operaciones: 3.500 *quintacolumnistas* fueron detenidos, torturados y ejecutados en Cataluña. Martorell no fue capturado porque, como se ha dicho, sus credenciales se hallaban en algún lugar de Pamplona, no en Burgos, y sus camaradas no conocían su verdadera identidad. Cesó durante casi dos meses su actividad informativa, pero en 1938 los bombardeos se recrudecieron, Una vez más, desmantelada la Quinta Columna, ¿qué traidor, qué grupo de agentes, pasaba las coordenadas a los franquistas? Misterio.

Volvamos atrás, a 1936. El comité confederal de la CNT-FAI expide un salvoconducto a nombre del brigada Francisco Segarra Martorell, autorizando su libre circulación y la colaboración de quienes fueren menester para el buen fin de sus misiones. No resultó la menor de estas el sabotaje de cualquier evento comunista, la identificación y delación de sus miembros a las patrullas de control más sanguinarias -las de el tullido Escorza del Val- y la persecución y atentados contra miembros del naciente PSUC, Comorera entre ellos. Consta también que se hizo un seguimiento del historiador Bosch Gimpera. Por otra parte, Martorell salvó a bastantes civiles, burgueses en su mayoría, de ser asesinados: facilitó pasaportes, sobornó a guardianes, requirió camarotes en distintos navíos, etc.

En mayo de 1937 ayuda a los anarquistas en la defensa del edificio de Telefónica, pero refuerzos republicanos y comunistas llegados de Valencia decantan la balanza: cae esta posición principal y el frente callejero comienza a derrumbarse. Los anarquistas alertan a Martorell: ya no pueden defenderle, ellos mismos se han convertido en víctimas de una cacería implacable. Haciendo gala de un entusiasta ardor republicano, pide permiso para unirse a las columnas que tomarán Zaragoza, según la ofensiva diseñada por el general Pozas. Lo más granado del ejército rojo se concentrará en las cercanías de Belchite, Quinto y Codo, posiciones nacionales muy débiles, y entrarán en Zaragoza por el mismo camino de los mariscales napoleónicos.

Con esta añagaza, el brigada se aleja de los hombres de Orlov. No durará mucho su alegría: en Codo tropezará con el corresponsal de Pravda, Mihail Koltsov, en realidad, un hábil agente estalinista. Pero esto deberán leerlo en el capítulo correspondiente.

Anteriormente, en abril de 1937 trató sin éxito de frenar algunos desmanes. Leemos en sus memorias:

“Los últimos días del mes de abril, algunas unidades del frente de Aragón, con el pretexto de hacer limpieza de fascistas escondidos en la retaguardia, abandonaron sus posiciones y volvieron a Barcelona. Comenzaron su obra asaltando los cuarteles de la Guardia Civil. De Casa Ramona, en la Feria, salió una compañía al mando del Capitán Carbó que, al llegar al Paralelo, fue objeto de una agresión por sorpresa que sembró gran desconcierto. Algunos guardias heridos se refugiaron en porterías y otros, en el "Cine América" donde se defendieron con valor. El resto fue detenido por los revoltosos y conducido junto con el capitán a las Escuelas Pías de San Antonio, donde fueron ejecutados. Como se corrió que asaltaban los cuarteles, el día 3 de Mayo por la tarde se montó un servicio de vigilancia en las casas contiguas a nuestro cuartel y que dominaban ángulos de tiro desde las azoteas: en cada una de éstas se instalaba un grupo con el fin de proteger a la fuerza. El día 4 de Mayo, a primeras horas de la mañana, el brigada Agramunt ordenó que los guardias abandonaran esos puestos. Seguidamente, los elementos revolucionarios de la C.N.T de Hospitalet y de la F.A.I de la Torrassa los ocuparon, quedando el cuartel sin defensa y a merced de los revolucionarios. Sin duda, este brigada debió de estar de acuerdo con los anarquistas -¿fue él mismo?-. A las 10 de la mañana, un emisario del comité trajo un oficio para el jefe de la fuerza, dando un plazo de quince minutos para rendirnos. El teniente Gómez reunió a todos los

sargentos y nos leyó el oficio; por unanimidad acordamos rendirnos ya que no había manera de defendernos por estar los puntos estratégicos circundantes ocupados por los enemigos. Estos entraron en las dependencias del cuartel. Practicaron un detenido registro de los baúles, apoderándose de ropas así como de cuantas cosas fueron de su agrado, y a las 18 horas habían ocupado la totalidad del edificio. El servicio de guardia y cuarteros se nombró con la mitad de revolucionarios y la otra mitad de guardias civiles. Eran, sin embargo, los milicianos quienes tenían el mando. Llamaba la atención a toda persona sensata ver a la puerta de un cuartel de la Guardia Civil a un gitano con un fusil sucio y a un mendigo con una pistola.